

sus fúnebres endechas. La lucha de Ciro contra Babilonia es para el profeta también la lucha de Jehova contra los dioses paganos y la refutación de los errores de sus adoradores: «Tendrán que retroceder en extremo confundidos los que confían en las esculturas y dicen á las estatuas de fundición: Vosotras (sois) nuestros dioses.» (cap. 42, 17). Deutero-Isaías representa los sucesos repetidas veces bajo la forma de un juicio de tribunal que falla entre las pretensiones de Jehova y los dioses paganos, siendo Israel y los gentiles los testigos y abogados de sus dioses. En este juicio vence Jehova, porque es él quien ha llamado á Ciro, y él es el Dios de los profetas (cap. 41, 1, etc., y 21, etc.): «Congréguese á una todas las gentes, y júntense todos los pueblos: ¿quién de ellos hay que nos dé nuevas de esto, y que nos enseñe las cosas primeras? Presenten sus testigos, y justifíquense; oigan y digan verdad. Vosotros (sois) mis testigos, dice Jehova, y mi siervo, que yo escogí; para que me conozcais, y creais, y entendais que yo mismo (soy); antes de mí no fué formado Dios, ni lo será despues de mí.» (cap. 43, 9, 10).

Estas ideas originan las observaciones sarcásticas de Deutero-Isaías al insistir sobre la calidad de Jehova, Dios único, y ridiculizar á los dioses hechos de oro y plata, cuyo material se entrega al orfice bien pesado, y despues se colocan estos dioses cuidadosamente sobre un pedestal para que no se caigan (cap. 40, 18, etc., y 46, 6, 7). Otras veces, dice, se corta en el bosque un árbol que Dios ha plantado, que la lluvia ha hecho crecer, y de una mitad de este árbol hace el hombre un dios y con la otra mitad cuece en el horno su pan, prepara su carne, se calienta y dice: «Oh, heme calentado, he visto el fuego!» Convierte su sobrante en un dios, en escultura: humíllase delante de ella, adórala, y ruégala diciendo: «Librame, que mi dios (eres) tú.» (cap. 44, 14-17). Esta manera de hablar de los dioses de los paganos es completamente nueva en Israel, y si bien se fué haciendo mas adelante muy comun, demuestra el concepto enteramente nuevo que Deutero-Isaías tuvo de Dios.

Convencido este profeta de que los sucesos serian un sermón tan irrefutable á favor de Jehova como Dios único, que el mismo Ciro quedaria convencido y se convertiria á Jehova, dice en el cap. 45, 4, que Jehova ayuda á Ciro para que conozca que ha sido Jehova, el Dios de Israel, quien le llamó por su nombre. Esta revelacion que los sucesos han de hacer á Ciro, ha de tener por consecuencia la conversion de todos los gentiles, pues en el mismo cap. 45, 4-7, dice: «Por amor de mi siervo Jacob, y de Israel mi escogido, te llamé por tu nombre; púsete sobrenombre, aunque no me conociste. Yo soy Jehova, y ninguno mas (hay) que yo; no (hay) Dios fuera de mí. Yo te ceñiré, aunque tú no me conociste. Para que se sepa desde el nacimiento del sol hasta donde se pone, que no hay mas que yo. Yo, Jehova, y ninguno mas que yo, soy el que formo la luz, y creo las tinieblas; el que hace la paz y crea el mal. Yo, Jehova, que hago todo esto (1).»

Es muy probable que el profeta atribuyese á esta conversion de Ciro la liberacion de Israel y la reedificacion de Jerusalem, pues que así lo indica el versículo 13 del mismo capítulo 45, y la expresion (cap. 41, 25): «Del nacimiento del sol llamará en mi nombre,» supone que Ciro es ya adorador de Jehova.

Segun Deutero-Isaías, serán efecto de la conversion de Ciro á Jehova como Dios único, la libertad de Israel y la reconstrucción de Jerusalem. Por eso, cree que está en el interés de todos los pueblos la reinstalacion de los judíos en la

(1) Estos versículos han sido interpretados también como una alusión á la religion dualista de los persas, y esta suposición tiene aquí cierto viso de aceptable, porque el autor habla en este pasaje directamente al rey persa.

Tierra Santa y la reedificacion del templo, pues que reconociendo todos la unidad de Dios y el apostolado de Israel, no podrán menos de mirar el templo de Jerusalem como centro de la religion universal. Así, el profeta contempla ya á su pueblo emprendiendo la marcha en medio del júbilo de todas las naciones, porque á la vista de todos (cap. 52, 10) ha desnudado Jehova el brazo de su santidad. Así acompañan los pueblos vecinos cantando himnos á los judíos al través del desierto, precediendo á su pueblo el mismo Jehova como le precedió cuando libertó á Israel de la servidumbre de Egipto (cap. 40, 3; 42, 10, 55, 12). Bien claramente se ve en estos pasajes la esperanza del porvenir que el profeta contempla en su imaginacion y hasta detalla mirándole por el prisma de sus estudios sobre los escritos sagrados. Así hace pasar á los judíos por el desierto, cuando el verdadero camino de Babilonia á Palestina pasaba al través de la Siria cultivada. Este camino tan poco halagüeño para su auditorio, obligó al profeta á ver actos milagrosos que Jehova realizaria para no desanimar á los expatriados, transformando el camino del desierto en carretera llana y exenta de peligros (cap. 41, 17, etc.; 42, 10, etc.; 43, 1-7; 16-20, 48, 20, etc.; 49, 9, etc.).

También revela el estudio de la tradicion sagrada al decir á sus compatriotas (cap. 52, 11, 12): «Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toqueis cosa inmunda: salid de en medio de ella; limpios los que llevais los vasos de Jehova; porque no saldréis apresurados, ni ireis huyendo, porque Jehova irá delante de vosotros y os congregará el Dios de Israel.» Del Egipto salió el Israel antiguo «temblando» (Deuteronomio, 16, 3; Exod., 12, 11), y además se manchó porque robó á los egipcios los vasos de oro, de modo que en este punto el nuevo Israel es todo lo contrario del antiguo.

Para nuestro profeta no regresan únicamente á la Tierra Santa los judíos de Babilonia, sino todos los israelitas de todas las partes del mundo, pues así lo dice en el cap. 43, 5: «No temas, porque yo estoy contigo; del Oriente traeré tu generacion, y del Occidente te recogeré. Diré al Aquilon. Daga; y al Mediodía: No le detengas; trae de lejos mis hijos, y mis hijas de los términos de la tierra.»

También espera Deutero-Isaías, como Ezequiel, una transformacion milagrosa de la Tierra Santa y una Jerusalem nueva, solo que cada uno de estos varones se figura la transformacion á su manera, segun la idea que cada uno tenia de Dios. En las esperanzas de Deutero-Isaías ocupa menos lugar la solicitud que muestra Ezequiel por la inmaculada santidad de Jehova, y en cambio resaltan mas los rasgos propios del Dios universal. Además la imaginacion de Deutero-Isaías es mucho mas rica, exuberante y creadora que la de Ezequiel, y para Deutero-Isaías ocupa el primer término en su imaginacion la nueva Sion, de la cual Jehova se proclamará otra vez esposo.

La Jerusalem asolada será, segun él, reedificada mas esplendorosa que nunca (cap. 54, 11, etc.), y pronto no tendrá sitio para la multitud de sus habitantes (cap. 49, 18, etc., 54, 1, etc.); para realzar el esplendor de la ciudad nueva dice en el capítulo 60, 17: «En lugar de bronce traigo oro; en lugar de hierro, plata; en lugar de madera, bronce, y en lugar de piedras, hierro.» La luz que despedirá la ciudad atraerá á todos los pueblos, que abandonarán sus tinieblas y traerán á los hijos de Israel que entre ellos viven: «Desde lejos traerán tus hijos y sobre las caderas traerán sentadas tus hijas.» Cap. 60, 3, 4. Por amor del culto que se rendirá en Jerusalem á Jehova será venerado y servido en adelante Israel, tanto como ha sido despreciado y maltratado antes: «Así ha dicho Jehova, reductor de Israel: al Santo suyo, al menospreciado de alma, al abominado de las gentes, al siervo de los tiranos, le verán reyes, y levantaránse príncipes, y le adorarán por causa de

Jehova; porque es fiel, y es santo Israel, el que te eligió;» (cap. 49, 7). «Reyes serán tus ayos; y sus reinas tus nodrizas; el rostro inclinado á tierra te adorarán y lamerán el polvo de tus pies,» (cap. 49, 23).

Por supuesto que el profeta entiende todo esto en sentido figurado, y solo quiere pintar como pinta hiperbólicamente el afán de los paganos por contribuir á la glorificacion de Sion, donde conocen está su bien espiritual y supremo; son servidores de Sion porque adoran á Jehova, y de aquí deduce el profeta esperanzas muy materiales, porque ya ve en su imaginacion las riquezas que han de afluir á Jerusalem, cuyo Dios, siendo venerado por todas las naciones, atraerá á la Tierra Santa los buques de los pueblos del Occidente, mientras las caravanas de los beduinos llevarán allí las riquezas de pueblos extranjeros. Al altar de Jehova suministrarán reses los rebaños de Kedar, y carneros los de Nebayoth. Las naves de Tarsis (Tarifa) llevarán sus hijos dispersados con sus tesoros. Extranjeros construirán las murallas de Sion. Las puertas de la ciudad han de quedar abiertas de noche como de día para admitir los presentes destinados al santuario; «y vendrán á tí humillados los hijos de los que te afligieron, y los que te escarnecieron te llamarán ciudad de Jehova, Sion del Santo de Israel;» (cap. 60, 14). «Y mamarás la leche de las gentes, la teta de los reyes mamarás;» (cap. 60, 16).

Los gentiles que cumplan como Israel las leyes del culto serán admitidos, segun el mismo profeta, en la Tierra Santa, pero «á los hijos de los extranjeros que se llegaren á Jehova para ministrarle, y que amaren el nombre de Jehova, para ser sus siervos, á todos los que guardaren el sábado sin profanarlo, y abrazaren mi pacto: yo los llevaré al monte de mi santidad, y los recrearé en la casa de mi oracion. Sus holocaustos y sacrificios serán aceptos sobre mi altar, porque mi casa, casa de oracion será llamada de todos los pueblos» (1). (Cap. 56, 6, 7.)

En estos últimos trozos se observa cómo Deutero-Isaías, á pesar de su concepto de la universalidad de Jehova, está todavía dominado por la ley del culto segun la idea antigua, que era también la de Ezequiel. Así, por otra parte anuncia á su pueblo (cap. 52, 2) que en adelante ningún hombre impuro ó incircunciso penetrará mas en Sion, es decir, que Sion no volverá á ser conquistada por los paganos.

El esplendor de la ciudad y del santuario se deriva, segun se ve, para Deutero-Isaías como para los demás profetas, de la toma de posesion por Jehova de su antigua morada. Mas para Deutero-Isaías, Jehova no queda ya encerrado en su templo, sino que se eleva resplandeciente para siempre sobre Jerusalem: «El sol nunca mas te servirá de luz para el día, ni el resplendor de la luna te alumbrará; sino que Jehova será para tí luz perpetua, y tendrás el Dios tuyo por tu gloria. No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque te darás á Jehova por luz perpetua, y los días de tu luto serán acabados.» (Cap. 60, 19, 20.) Aquí se observa que nuestro

(1) Por razones que resultan de la conexión y del estado en que se encuentra el pasaje, pareceme una intercalacion posterior los versículos 5 y 6 del cap. 61: «Y estarán extranjeros, y apacentarán vuestras ovejas; y los extraños (serán) vuestros labradores, y vuestros viñadores. Y vosotros (sereis) llamados sacerdotes de Jehova; ministros del Dios nuestro sereis dichos, comeréis las riquezas de las gentes, y con su gloria sereis sublimes.» Esta intercalacion tiene á mi parecer por objeto rebajar la esperanza espiritual de Deutero-Isaías hasta el concepto material del dominio de Israel en el reino mesiánico. Falta sin embargo el segundo rasgo de las esperanzas judaicas del reino mesiánico, rasgo no muy pronunciado todavía en los discursos de Deutero-Isaías, á saber, que Israel goza de la ventaja de haber cumplido con la ley, mientras los gentiles convertidos á Jehova han de contentarse con el conocimiento de que Jehova es Dios único y con el cumplimiento de los mandamientos morales de Dios.

profeta ha comprendido la contradicción entre el concepto suyo de Dios y la forma tradicional antigua de la esperanza mesiánica del regreso de Jehova á Jerusalem, y de la Jerusalem nueva; pero el profeta triunfa de la contradicción con solo elevarse en alas de su imaginacion á una altura sublime sin entretenerse á dar á la esperanza mesiánica una forma adecuada á su idea de Dios.

También cree Deutero-Isaías que serán reedificadas como Jerusalem las demás ciudades de la Tierra Santa (cap. 54, 3); que Dios concederá al país la mayor feracidad (cap. 55, 13), tanto que será un paraíso (cap. 51, 3); que en lugar de malezas espinosas crecerán en las áridas montañas de Palestina cipreses, y, en lugar de punzantes ortigas, arrayanes (capítulo 55, 13).

También habrá cambiado el pueblo moral y espiritualmente; la justicia y el derecho reinarán, pues habiéndose convertido hasta los paganos al oír los sermones de los profetas y habiendo admitido sus enseñanzas, tanto mas fructífera será esta enseñanza en la capital, en Jerusalem, donde los profetas predicán. Sion estará fundada sobre la justicia, y no habrá ya allí ni opresion ni violencia (cap. 54, 14). Las murallas de Jerusalem se llamarán Salud, y no se verá ya violencia en el territorio de Israel, porque Dios hará de sus superiores la paz misma, y de sus vigilantes la justicia misma (cap. 60, 17, etc.).

En este reino de justicia y de doctrina de Deutero-Isaías no hay sitio para un rey mesiánico, que ya en el proyecto de Ezequiel ha quedado reducido á una mera sombra de príncipe. Para Deutero-Isaías el rey de Israel es Jehova, que creó á Israel para que predicara el derecho y la enseñanza, la doctrina de su Dios (cap. 41, 21, 43, 15, 44, 6). Al lado, ó debajo, de Dios figuran funcionarios y sacerdotes, pero ningún rey (2).

Para siempre quedará Israel poseedor tranquilo de sus bienes religiosos y terrenales (cap. 60, 21; 61, 7 y 8). Su fama de pueblo bendecido por Dios se extenderá por todo el mundo (cap. 60, 9, etc.); prosperará, se hará numerosísimo, y conservará su país hasta la eternidad; «el mas pequeño valdrá mil y el mas insignificante llegará á constituir un gran pueblo» (cap. 60, 20, etc.). Jehova ha estado enojado un momento, y amará despues á Sion eternamente (cap. 54, 6, etc.); hará con su pueblo un pacto eterno (cap. 55, 3; 61, 8), y así como juró despues del diluvio que no destruirá mas la tierra, del mismo modo promete al nuevo Israel que no se enojará mas: «Porque los montes se moverán y los collados temblarán, mas no se apartará de tí mi misericordia, ni el pacto de mi paz vacilará, dijo Jehova, el que tiene misericordia de tí» (cap. 54, 9-10). Sion estará libre de toda clase de ataques, porque es la obra de Dios y en la cual Dios se glorifica permanentemente, y el reino mesiánico es eterno.

Se ve, pues, que la esperanza mesiánica de Deutero-Isaías se enlaza en todo con las esperanzas de Ezequiel, y solo así se comprende; pero Jehova regresa, segun Ezequiel, con su pueblo á la Tierra Santa y toma posesion de su templo, mientras que el Dios de Deutero-Isaías no necesita morada terrenal ninguna, y la frase de este profeta: «Jehova eleva su trono

(2) Ya hemos dicho en otra nota que el pasaje cap. 55, 3b, 4, es una interpolacion. Las palabras que hablando de David dicen: «Hé aquí que yo le di por testigo á los pueblos, por jefe y maestro á las naciones,» son una explicacion de la alianza perpetua que Dios hará con Israel, que mandará á pueblos ignotos, pero estas palabras son tan contrarias á las ideas de Deutero-Isaías como contradictorias con el conjunto y conexión, sin contar que se diferencian del conjunto por su forma. Sin razon alguna se ha querido negar su intencion mesiánica. Son un ejemplo de la amplificacion posterior de la esperanza mesiánica por medio de la exégesis. Proviene de 2. Sam., 7, 15, 16.

dos, para consolidar su dominio, sobre todo fundando en el lejano Sudoeste de su imperio una pequeña nacionalidad rigurosamente separada de todos sus vecinos, que no solamente debiera su existencia al monarca persa sino que no pudiera pasarse sin su proteccion y tuviera por lo mismo el mayor

interés en ser aliada fiel de la monarquía persa, á la cual serviría de avanzada en aquel país. De suerte que fué muy probablemente efecto del cálculo político del rey pagano lo que facilitó el restablecimiento del culto de Jehova y de la nacionalidad judía en Palestina.

## LIBRO SEGUNDO

DESDE EL REGRESO EN EL REINADO DE CIRO HASTA LA REFORMA DE ESDRAS

### Observacion prévia.

Entramos en un período de la historia de Israel cuya importancia para el origen del judaismo no suele ser suficientemente comprendida. Este período presenta una tentativa del pueblo judío para restablecer en el suelo patrio el culto y el Estado nacional, en la suposicion de haber empezado con esto la realizacion de las esperanzas mesiánicas y con el propósito de llevar esta realizacion á cabo guiándose por el código deuteronomico, considerablemente amplificado á consecuencia de las indicaciones de Ezequiel y de Deutero-Isaías. Es de suponer que los judíos de entonces no se cuidaron de si pasaria poco ó mucho tiempo hasta tener establecido un Estado organizado é independiente, y la idea de lo mucho que faltaba para llegar al punto deseado necesitó largo tiempo tambien para llegar á hacerse palpable.

Estos conocimientos se hicieron lugar en el siglo que pasó entre la vuelta al suelo patrio y la reforma de la comunidad hecha por Esdras. Entonces la creencia de que con la vuelta á Palestina empezaria el reino mesiánico anunciado por los profetas, sufrió un amargo desengaño. Se consiguió construir el templo y se creó la institucion del sumo sacerdocio, con lo cual se llegó un buen trecho mas allá del plan de Ezequiel; la comunidad ganó así una direccion personal y con ella una autoridad imponente para el culto; pero se tuvo tambien la demostracion de que no podia restablecerse todo lo pasado sin una modificacion importante, y lo mismo sucedió y mas dolorosamente con otras ilusiones. La Tierra Santa no se trocó en país de exuberante feracidad; no se presentó el rey de la familia de David; el país continuó bajo el dominio de los paganos, y en general fué forzoso persuadirse de que la nueva comunidad en nada se parecia al esperado reino de Dios, y de que por lo visto no debia de haberse aplacado todavia completamente la ira de Jehova. De aquí se dedujo que era menester hacer lo que pudiese aplacar á Dios completamente mejorando y transformando gradualmente el estado imperfecto del presente y cumpliendo fielmente la voluntad de Jehova, para hacer así posible el advenimiento de su reino.

Se vió, sin embargo, que las disposiciones legales existentes eran insuficientes para asegurar esta transformacion, y además se empezó á notar que el culto, á pesar de sus disposiciones imperfectas é incompletas, ejercia una atraccion peligrosa para la nueva comunidad todavia débil, sobre la poblacion israelita antigua que se habia conservado en el país, y cuya entrada en la comunidad nueva significaba para ésta un gran refuerzo numérico, pero en cambio una notable debili-

tacion de su regeneracion religiosa comenzada en el destierro si se dejaba arrastrar por el elemento antiguo del país á la rutina tradicional de los israelitas antiguos. Era de temer que la casta antigua montaraz absorbiese á la casta moderna poco domesticada todavia.

De este último peligro salvó á la nueva comunidad una nueva expedicion de judíos expatriados que llegaron de Babilonia bien imbuidos en los sermones de Ezequiel y conducidos por Esdras. Este llevó además de Babilonia un nuevo código, y con él y con el asentimiento de la autoridad superior pagana emprendió la reforma de la nueva comunidad. Hízose la reforma despues de una prolongadísima lucha interior y exterior que llevó á la comunidad al borde de su completa ruina, de la cual la salvó otro judío de Babilonia, el profeta Nehemías, copero mayor del rey de Persia (1) y enviado por este monarca en calidad de gobernador persa á Jerusalem (2). La reforma y salvacion se consiguieron expulsando de la comunidad al elemento israelita antiguo, haciendo así imperar la ley y dando al judaismo el vigor necesario para absorber posteriormente los elementos expulsados sin peligro para su carácter particular, cuando ya aquellos elementos dejaron de estar en contradiccion abierta con el nuevo judaismo.

### CAPITULO PRIMERO

EL REGRESO Y EL PRIMER ARREGLO

Por lo general se cree que los judíos que se decidieron á volver á su país lo hicieron bajo la direccion de Zorobabel, descendiente de David, como jefe temporal, y de Josué en calidad de sumo sacerdote y jefe espiritual, siendo el primero al propio tiempo nombrado gobernador persa por Ciró; tambien se cree que la nueva comunidad se limitó á Jerusalem y sus inmediaciones; mas esta creencia es en sus extremos principales errónea y se debió á los esfuerzos que se hicieron para comprender los sucesos conforme los relata el autor de «las Crónicas» en la primera mitad del Libro de Esdras, y llenando los blancos con descripciones de la comunidad debidas á los profetas Ageo y Zacarías, contemporáneos de Darío, sin reparar en la falta de concordancia entre la relacion del cronista y los testimonios que aduce.

Solo desde que se ha conocido que el cronista no com-

(1) Artajerjes Longimano.

(2) En el año 445, y en 430 regresó á Persia.

prendió bien los escritos de los autores que presenta como testimonios, y que no los examinó siquiera, ha sido posible formar una idea exacta de los sucesos de aquella época (1). Por desgracia pecan de inexactos los poquísimos datos que tenemos de lo que ocurrió en el regreso de los expatriados y en su establecimiento en el país de sus mayores, si bien los testimonios que ha conservado el cronista permiten trazar un cuadro de la marcha general de aquellos sucesos.

Segun estos datos, resulta que el regreso y el primer establecimiento en el país de los judíos que utilizaron el permiso de Ciró se efectuaron bajo la direccion de un funcionario persa, teniendo el grupo de inmigrantes por autoridad puramente nacional una junta de doce jefes de grupo ó ancianos. Por otra parte resulta tambien que el territorio de la nueva comunidad se extendió, probablemente por la parte del Sur, mucho mas allá de las inmediaciones de Jerusalem.

Respecto del regreso y del primer establecimiento en el país, solo se ha conservado como único documento antiguo una lista de los expatriados establecidos en el reinado de Ciró en el distrito gubernativo de Jerusalem. El cronista la transcribe copiándola de otro autor, y de tercera mano, dos veces en su parte primera (2); se encuentra tambien en Esdras, cap. 2, y en Nehemías, cap. 7, 6, y fué redactada evidentemente al poco tiempo de haber llegado los inmigrantes á Jerusalem, pero habiéndose ya organizado y repartido las tierras. Se estaba discutiendo todavia la organizacion del culto y lo relativo á los sacerdotes (Nehemías, 7, 65), y no se sabia todavia con exactitud el número de caballos, mulos, camellos y asnos que los inmigrantes habian llevado del destierro (Nehemías, 7, 68, 69). Esta lista fué guardada en Jerusalem, donde la encontró despues Nehemías entre los registros de familia, y la incluyó en sus memorias con otra lista de la distribucion de las familias en el territorio. Esta parte forma la base del cap. 11 de Nehemías y ha sufrido por el cronista eliminaciones y añadiduras (3).

(1) Véase el estudio de E. Schrader: «Sobre la duracion de la construccion del segundo templo,» en *Studien und Kritiken*, 1867, página 460, etc.

(2) La repetición de la primera parte de la lista se explica por la circunstancia de que el cronista no la encontró ya en su forma primitiva sino que la sacó de una obra que contenia entre otros escritos las memorias de Nehemías. Solo así se comprende cómo pudo repetir la segunda mitad del v. 73 del cap. 7 de Nehemías, la cual no forma parte de las memorias de Nehemías, sino de la primera mitad del v. 1 del capítulo 3 de Esdras. Nehemías refiere en el cap. 7, 5, haber descubierto esta lista hecha en el reinado de Ciró; cuando á su vuelta á Jerusalem buscó datos para apuntar las familias establecidas en Jerusalem, y por el mismo motivo habia incluido esta lista en sus Memorias. Estas despues formaron parte de la indicada obra grande utilizada por el cronista, el cual repite luego la misma lista al referir en el cap. 2 de Esdras la vuelta á Palestina. Por la inexactitud del cronista y de los copistas posteriores este documento importante que el cronista no conoció en su pureza original, se presenta con discrepancias muy notables en las dos relaciones. La mejor es la contenida en el cap. 7 de Nehemías, y de ella nos serviremos en nuestra relacion.

La misma lista se repite por tercera vez, y tambien con modificaciones, en el libro tercero de Esdras, cap. 5, contado entre los libros apócrifos, porque es un arreglo de una antigua traduccion griega del libro canónico de Esdras. El libro de Nehemías es una continuacion del libro de Esdras escrita por el mismo autor ó regulador de las Crónicas. Véase R. Smend: «Las listas de los libros de Esdras y de Nehemías,» Basilea, año 1881, pág. 15, etc.

(3) Continúa la relacion de Nehemías, cap. 7, despues de la primera mitad del v. 73, en el v. 1 del cap. 11 de Nehemías. Los v. 1 y 2, capítulo 11, de Nehemías, no se refieren, segun Bertheau (*Los libros de Esdras, Nehemías y Ester*, Leipzig, 1862, pág. 238), á los esfuerzos hechos para aumentar la poblacion de Jerusalem, sino, segun Ewald, al primer establecimiento de los expatriados en su patria en el reinado de Ciró. Del contexto resulta que se refieren al propio tiempo los v. 3 y siguientes. Los datos respecto de los sacerdotes y levitas que se encuentran en el cap. 11, 3-36, demuestran, además de otras pruebas, lo mucho que el

Pues bien, esta lista no dice nada del regreso propiamente dicho. El cronista habla del regreso en el cap. 1 de Esdras y probablemente saca despues del mismo original su relacion de Esdras, 1, 6-6, 15. Esta fuente trata además de la edificacion del templo en el reinado de Ciró, de las hostilidades á que los judíos se vieron expuestos en los reinados de Jerjes y de Artajerjes de parte de sus vecinos, de suerte que por su mismo contenido debió de ser escrita despues del tiempo de Esdras, lo cual induce á dudar si serán verídicas las noticias que da relativas al tiempo del regreso del destierro. La descripcion del cronista solo podrá ser tomada en consideracion en cuanto parece auténtico el material original utilizado por este autor. Yo empiezo por esta relacion del cronista porque tal es la costumbre seguida.

Empieza el cronista con el edicto en el cual Ciró permite la vuelta á Palestina (4).

Este edicto es indudablemente falso y está redactado segun la costumbre de los antiguos, por el autor. El único documento que le guió y cuyo contenido escribió él mismo despues en lengua aramea en Esdras, 6, 3, etc. (5), fué el edicto de Ciró relativo á la construccion del templo y á sus vasos sagrados; en cuyo edicto manda el rey que se edifique el templo, por ser santuario principal y de fama, á expensas del rey. Esto contradice la redaccion del edicto hecha por el cronista, en la cual el rey ordena que los habitantes de los lugares de donde partieren judíos para regresar á su patria, les socorran abundantemente. No dice este decreto si los que han de socorrer á los que parten son los judíos que quedan ó si son los naturales del país y de consiguiente paganos. Es probable que el cronista quisiera hacer con el tal decreto una relacion que imitara en algo la salida de los israelitas del Egipto. De todos modos el cronista tenia conocimiento del escrito encontrado en el archivo de Ecbatana y mencionado en sustancia en lengua aramea en Esdras, 6, 3, etc., porque atribuye á Ciró las mismas palabras, á saber: que Jehova le habia ordenado erigirle en Jerusalem un templo; lo torpe es que el cronista al hacer cumplir al poderoso monarca la orden de Jehova, quiere que Ciró mande tambien á los súbditos que se quedan en el país que faciliten á los que vuelven á su patria los recursos para la construccion del templo; si bien, como hemos dicho, habrá querido dar á la marcha de los judíos alguna semejanza con la salida de Egipto.

Es posible que en los datos que leemos en Esdras, 6, 3, etc.,

el cronista ha modificado estas listas, sin contar que ha aplicado estos datos á la época anterior al destierro.

(4) «Así ha dicho Ciró, rey de Persia: Jehova, Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalem que está en Judá. ¿Quién hay entre vosotros de todo su pueblo? Sea Dios con él, y suba á Jerusalem, que está en Judá, y edifique la casa á Jehova, Dios de Israel; y á los que hubieren quedado en los lugares donde habitaren, los hombres del lugar les ayudarán con plata, oro y hacienda, con bestias, y con los donativos voluntarios que ofrecieren á la casa de Dios, que está en Jerusalem.» Este edicto, que se da como publicado por escrito y por pregon en todo el imperio persa, fué redactado asaz torpemente por el cronista, pues que mezcla el punto de vista persa, «el Dios que está en Jerusalem,» con el de los israelitas, á saber: «Jehova, el Dios del cielo, que ha dado á Ciró su imperio.» En esta mezcla sirve al cronista de excusa que para él era artículo de fe el cumplimiento de la profecía de Isaías, 45, 1, etc.

(5) Este edicto fué al parecer encontrado en un manuscrito conservado en el archivo de Ecbatana á instancias de la administracion de la provincia al Oeste del Eufrates en tiempo de Darío, con motivo de la cuestion de la construccion del templo. Es posible que en este escrito se hubiesen encontrado el edicto ó los edictos de Ciró relativos al regreso de los judíos á Palestina, en cuyo caso debian de ser muchas y muy detalladas las disposiciones, y estar redactadas ó bien en lengua persa, ó en tres lenguas, como se ve en las inscripciones que de reyes de Persia se han conservado y que están escritas en persa, babilonio y susiano, las tres lenguas principales del imperio.

radiante de gloria celestial por encima de Jerusalén,» es solo una expresión convencional (1).

Comparado con Ezequiel, que sobre la base de contadas ideas forma todo un sistema detalladísimo, Deutero-Isaías es una alma pensadora mucho más rica y de más amplias miras, aunque poco consecuente en muchos puntos, á pesar de lo cual y quizás por esto mismo, se mantiene mucho más dentro del término de lo posible. Esto se ve inmediatamente al trazar el ámbito del reino de Dios, pues el que Ezequiel espera es un reino judío exclusivista que necesita mantenerse escrupulosamente separado de todo contacto con los gentiles para poder cumplir con los preceptos de su culto, mientras que Deutero-Isaías, al contrario, comprende en su futuro reino de Dios á todos los gentiles. Ezequiel trata de la organización futura del pueblo y de la transformación espléndida de su país, describiéndola hasta en sus menores detalles con tanto entusiasmo, que olvida preguntarse cómo se ha de sostener este organismo sagrado en medio del mundo pagano, ni cuáles han de ser sus relaciones con la sociedad profana. En sus cavilaciones y meditaciones sobre la glorificación futura de Dios y sobre la distribución del territorio y el establecimiento del pueblo de Israel, se acuerda de los gentiles y de sus relaciones con el reino de Dios, y en su proyecto solo los hace servir en cuanto quieran hacerse israelitas para aumentar la masa del pueblo de Israel, y luego los necesita para que con su derrota el nombre de Dios haga patente su santidad. Por lo demás, en el porvenir deja subsistente un ancho abismo entre el pueblo de Israel y los gentiles, sin preguntarse si semejante aislamiento es siquiera posible, ni lo que significa. De esta manera, el plan de Ezequiel solo habría sido realizable si la Tierra Santa al ser entregada al pueblo de Israel hubiera sido una isla sin habitantes y separada de los demás países habitados por océanos intransitables. Deutero-Isaías, por el contrario, no aparta á los gentiles, sino que los admite en el reino de Dios; se convierten á él por convicción interior, y participando desde entonces de la santidad del Israel restaurado, cesan de ser sus contrarios, aunque no lleguen á participar de todos los beneficios del pueblo santo.

Las ideas de Ezequiel tuvieron una influencia capital y decisiva en el desenvolvimiento del judaísmo posterior al destierro con sus estatutos y preceptos nimios, mientras las ideas y el espíritu de Deutero-Isaías vienen á ser el rudimento de lo que vino después del judaísmo. El complemento de las leyes judaicas es la esperanza mesiánica, y al lado de esta esperanza y de las leyes se encuentra la idea característica del judaísmo, á saber: que su Dios, es el único Dios y el origen de todo lo que existe. La esperanza mesiánica, en

(1) Grande y palpable sería la dependencia de Deutero-Isaías respecto de Ezequiel si el trozo del cap. 66, 18 y siguientes, fuera auténtico. En él se repite la profecía de Ezequiel (cap. 38 y 39). Los discursos posteriores de Deutero-Isaías acaban con la profecía de que los gentiles atacarán á la Jerusalén restaurada y sufrirán por mano de Jehová una derrota terrible delante de los muros de la ciudad; los gentiles que se libren de esta nueva manifestación de la gloria de Jehová llevarán en su huida la noticia á los países más lejanos (á Tarteso, es decir, á España, á Tubal y Javan, es decir, el Asia Menor septentrional), que hasta entonces nada habrán sabido todavía de Jehová, pero que desde entonces se convertirán y acompañarán á Jerusalén á los judíos que entre ellos se encuentren dispersos, á fin de que Jehová acepte también de ellos sacerdotes. Entonces todo el mundo adorará á Dios en Jerusalén y celebrará los sábados y las fiestas. — Este trozo contradice completamente el concepto que Deutero-Isaías se ha formado del efecto del triunfo de Ciro y de la revelación de la gloria de Jehová que motivará esta victoria, pues el profeta se figura, como sabemos, á Dios y su revelación como Dios y revelación universales. Este trozo es el final de un libro hecho de una manera muy enredada, siendo sus pasajes mesiánicos la parte más moderna de sus arreglos é interpolaciones.

la forma que tomó después del destierro, arranca de Ezequiel en muchos puntos importantes, conforme hemos visto al principio de esta parte, pero Deutero-Isaías añadió á este cuadro los rasgos más importantes para el desenvolvimiento posterior de la religión, en combinación de su concepto monoteísta de Dios.

Este concepto monoteísta del judaísmo y la esperanza de que los gentiles lo adoptaran con sus leyes morales, sin hacerse judíos, se deben á Deutero-Isaías, si bien no llegó á desarrollar esta última idea, antes bien esperaba que Jerusalén sería el lugar donde sacrificaran todos los pueblos y donde todos aceptarían la ley de Dios, sin hacerse judíos, porque según el profeta conservarían todos su nacionalidad é independencia respectivas. Pero la ley, con la cual no contó Deutero-Isaías como factor, le obligó á dar una forma más amplia á la manifestación de sus esperanzas. Este fué un efecto de la influencia de Ezequiel.

En otro concepto importante ejerció Deutero-Isaías una influencia decisiva: en la esperanza mesiánica del judaísmo posterior, pues por efecto de su profecía respecto de Ciro, nació la esperanza de que Dios haría salir de Israel un rey con dotes especiales, llamado á fundar el reino de Dios y á vencer á los paganos, y que como elegido y dotado por Dios mismo para esta misión sería llamado el Mesías. De manera que de Deutero-Isaías se derivan las ideas del reino de Jehová y del Mesías, ideas que desde el destierro ocuparon tan importante lugar en la imaginación del pueblo judío.

Los discursos de Deutero-Isaías con sus repetidas seguridades del poder de Jehová y de que ejecutará lo que el profeta anuncia, hacen sospechar la existencia de una incredulidad general y tenaz en el pueblo judío. El desaliento, la falta de confianza en el auxilio de Jehová, la repugnancia á formar esperanzas sin fundamento seguro, prevalecieron al parecer en los ánimos de los expatriados, y de ahí la insistencia del profeta en animar á los judíos, y hacer desear todo temor hasta á aquellos que según él mismo observaban correctamente las leyes del culto y los mandamientos de Dios (cap. 48, 1; 50, 10). No obstante, parece que el profeta juzgó á sus compatriotas en sentido demasiado pesimista (2), ó quizás hubo un cambio en la opinión, ya por virtud de los esfuerzos del profeta, ya por efecto de los sucesos que iban confirmando las profecías. De todos modos, de los discursos al final del libro se desprende que el pueblo esperaba como próxima y definitiva la intervención de Jehová á su favor, y la esperaba como justa y hasta con impaciencia, y trataba de apresurarla con actos de devoción, como ayunos (3), pues que Deutero-Isaías se ve precisado á volver á los sermones antiguos que pedían en nombre de Jehová un cambio de vida moral. También enaltece Deutero-Isaías la santificación del sábado, de la cual ningún profeta anterior al destierro había hablado (4) ni entraba en la marcha de sus ideas.

Otro pasaje de Deutero-Isaías corrobora también nuestra suposición de que los expatriados pensaron seriamente en la vuelta á su país y en lo que habían de hacer unos y otros en

(2) Algunos autores suponen que los judíos expatriados tomaron acaso las armas á favor de Ciro; pero ningún dato apoya esta suposición, y toda participación de los desterrados en la lucha habría sido, además de peligrosa é imprudente, superflua, porque los triunfos de los persas, que por lo general nadie esperaba, debían redundar de todos modos á favor de los judíos, que según vemos en Isaías, 13, 14, 23, estaban decididos á favorecer al enemigo invasor aun haciendo traición al poder babilónico.

(3) Ayunos en memoria del desastre nacional, como se verificaban todavía después del destierro.

(4) Del trozo de Jeremías, cap. 17, 19, etc., hemos hablado en una nota de la primera parte.

la antigua patria, porque nuestro profeta juzga necesario desvanecer en el cap. 56, 1, etc., los temores que tenían los judíos eunucos de verse excluidos de la comunidad en virtud de la disposición del Deuteronomio, cap. 23, 1. En general nos debemos guardar de creer que la gran masa de los expatriados no meditase sobre las consecuencias que tendría el cumplimiento de las profecías y que de consiguiendo estas fuesen creídas á ojos cerrados y sin reflexionar por todos los desterrados. Cada uno de ellos debió de hacer su cálculo particular para el caso del regreso á la Tierra Santa, cálculos y esperanzas por cierto muy distintos de los de Deutero-Isaías y de los que como él pensaban (1). Resulta, sin embargo, de los sucesos que los desterrados más influyentes y la mayoría del pueblo estaban en favor del regreso; y la liberación del yugo babilónico y la vuelta al país de sus mayores eran también el sueño dorado de los judíos mundanos, que si bien no participaban de las ideas religiosas de los profetas, impusieron silencio á sus particulares opiniones al tratarse de la realización de la idea principal.

Los sucesos entretanto confirmaron muy pronto las previsiones de Deutero-Isaías respecto de la situación política general. Ciro, después de someter las ciudades griegas, dirigió sus armas contra el imperio babilónico, y la impresión que su presencia en este territorio causó en los expatriados nos la da á conocer la profecía de Isaías, 13, 1-14 y 23, que ve en el ejército de Ciro los guerreros de Jehová, á quienes Jehová ha llamado de todos los extremos del mundo para destruir á Babilonia, y que excita á sus compatriotas á enseñar á los invasores el camino de la capital. En su mente ve el profeta los horrores de la guerra derramarse sobre la antiquísima metrópoli del comercio y borrar con ella su civilización de la faz de la tierra, diciendo en el versículo 14: «Y será como corza fugitiva (2), y como oveja sin pastor; cada cual mirará hácia su pueblo y cada uno huirá á su tierra. Cualquiera que fuere hallado, será alanceado, y cualquiera que (á ellos) se juntare, caerá á cuchillo. Sus niños serán estrellados delante de ellos; sus casas serán saqueadas, y forzadas sus mujeres. Yo despertaré contra ellos á los medos, que no se curarán de la plata, ni codiciarán el oro; y con arcos tirarán á los niños; y no tendrán misericordia del fruto del vientreni su ojo perdonará á hijos. Y Babilonia, hermosura de reinos y ornamento de la grandeza de los caldeos, será como Sodoma y Gomorra, á las que trastornó Dios. Nunca más será habitada, ni se morará (en ella) de generación en generación: ni plantará allí tienda el árabe, ni pastores tendrán allí majada; sino que dormirán allí las fieras, y sus casas se llenarán de serpientes, allí habitarán avestruces y allí saltarán

(1) No falta quien supone, basándose en el cap. 57 de Deutero-Isaías, que entre los desterrados del tiempo de este profeta había cierto número que estaban entregados al culto idólatra: pero ya hemos aducido antes nuestras razones para considerar este capítulo como obra de otro escritor, lo que por lo demás no es ninguna prueba en contra de la existencia de los supuestos idólatras, ni de que este capítulo, cualquiera que fuese su autor, no haya sido escrito en el destierro por algún desterrado. Muy al contrario, se sabe que en épocas calamitosas para una nación resucitan fácilmente usos religiosos antiguos, como lo demuestra con un ejemplo interesante el cap. 63, 16, que por no ser de Deutero-Isaías, según tenemos dicho, solo mencionamos de paso. En mi opinión, el cap. 57 con su descripción viva de la antigua idolatría israelita alude á tiempos pasados; pero aunque así no fuese y se aludiese á prácticas de los expatriados, sería una equivocación grandísima creer que los idólatras vituperados hubiesen sido contrarios ó hostiles á la realización de las esperanzas del profeta. La masa del pueblo no puede nunca respirar la atmósfera religiosa pura en la cual se mueven contentos los que van á la cabeza de la civilización religiosa.

(2) Describe como á la noticia de la aproximación de Ciro procuran los mercaderes extranjeros que se encuentran en Babilonia, ponerse á toda prisa en lugar seguro (Ezequiel, 17, 4).

cabras monteses. Y en sus palacios aullarán chacales, y vivirán dragones en los palacios del deleite; y abocado está á venir su tiempo, y sus días no se alargarán.»

Al final canta el poeta la lamentación del rey de Babilonia castigado por su soberbia, cuando le reciben en el mundo subterráneo (3), impacientes y satisfechos, los reyes á quienes derribó en vida: «¿Cómo caiste del cielo, astro radiante, hijo de la aurora, derribado en tierra, tú que derribaste los pueblos!» Para este profeta la destrucción de Babilonia es una manifestación de la ira más que de la gloria de Jehová. También espera la restauración de Israel, pero aludiendo apenas á las esperanzas religiosas, se detiene principalmente en los materiales: «Porque Jehová tendrá piedad de Jacob, y todavía escogerá á Israel, y los hará reposar en su tierra; y á ellos se unirán extranjeros, y allegaránse á la familia de Jacob. Y los tomarán los pueblos, y traeránlos á su lugar: y la casa de Israel los poseerá por siervos y criadas en la tierra de Jehová: y cautivarán á los que los cautivaron, y serán dueños de los que los oprimieron.» (Isaías, 14, 1 y 2). Esta profecía es un eco de la de Deutero-Isaías, menos la parte religiosa, y de ella se pueden inferir las ideas que los judíos que pensaban como Isaías abrigan acerca del porvenir de Israel.

En el año 539 antes de nuestra era (4) venció Ciro á Nabonedo, que se entregó al vencedor y al cual éste señaló por residencia la Caramania. El día 3 del mes de Marjeschvan (noviembre con poca diferencia) del mismo año entró Ciro en Babilonia; mas no cumplió la feroz esperanza que los judíos expatriados habían formado en su odio contra sus vencedores babilonios. En lugar de transformar la ciudad en un desierto, trató á los vencidos con gran bondad y siguió la sabia política de presentarse á sus nuevos súbditos como sucesor del rey vencido, contentándose con poner una guarnición persa en Babilonia, que continuó siendo la capital de Asia Occidental (5).

Tampoco se cumplieron las esperanzas entusiastas de Deutero-Isaías respecto de la conversión del conquistador oriental, ni respecto del derrumbamiento del paganismo. Como político prudente, el nuevo rey de Babilonia permitió á sus nuevos súbditos el culto de su religión y se dejó celebrar por los sacerdotes de los dioses babilónicos en sus inscripciones como protector liberal de sus cultos en los términos acostumbrados.

Pero respecto de los judíos expatriados, Ciro no imitó á sus predecesores, los reyes de Babilonia, porque permitió á todos los desterrados el regreso á su país y como luego veremos hasta les prestó en esta empresa todo el auxilio que podía esperarse de un monarca tan poderoso. No por esto reconoció en Jehová al único Dios todopoderoso, omnisciente, creador del mundo, que al decir de los profetas había anunciado con anticipación su venida, le había conducido á Babilonia y le había entregado al rey de este país y todo su imperio. El nuevo rey permaneció fiel á su religión persa, y probablemente no tuvo el menor impulso de modificar las antiguas creencias de sus padres. Otros motivos fueron indudablemente los que le indujeron á mostrarse amable y condescendiente para con los judíos expatriados y permitirles el regreso á su país y el restablecimiento de su culto nacional en Palestina. Ciro debió de juzgar conveniente seguir esta conducta, lo mismo que una política bondadosa para con los babilonios sometidos.

(3) Este pasaje prueba que esta profecía fué escrita antes de la derrota decisiva de Nabonedo y antes de la conquista de Babilonia.

(4) El primer año del reinado de Ciro cae según el cónon tolemaico en el año 538, por manera que el destronamiento de su predecesor cayó en el año anterior, según lo expuesto en la primera parte.

(5) La misma política siguió después Alejandro Magno.